

En el Capítulo 2. Propuestas didácticas, se presentan dos de ellas, relacionadas con las competencias básicas: leer y escribir y el uso de las matemáticas. En los dos artículos se encuentra presente la premisa de que todo proceso de aprendizaje, debe partir de las necesidades de las personas jóvenes y adultas, sobre la base de sus conocimientos previos, su contexto inmediato y su uso en la vida cotidiana. Es necesario enfatizar en que para las autoras, leer, escribir y usar la matemática escrita, son dos competencias complejas, que deben ir más allá de lo instrumental; para ello plantean ideas, experiencias y estrategias que pueden ser muy útiles para asesoras y asesores de alfabetización. En todo momento, se hace referencia al contexto y uso en la vida de lo aprendido en el círculo de estudio; cuestión que en la EPJA es fundamental.

En el Capítulo 3. Educación de jóvenes y adultos en contextos de diversidad cultural, se encuentran tres argumentos básicos: a) Que el bilingüismo y el multilingüismo constituyen hoy, una realidad insoslayable en el mundo, a considerar en las políticas de alfabetización actuales; b) Que la interculturalidad es una aspiración a la que se puede arribar a través de la educación, entendiendo el valor de la diversidad y c) Estas dos ideas anteriores se concretan en un Modelo Educativo para población indígena en el que la alfabetización va más allá de la alfabetización inicial, entendida desde sus usos comunicativos con el español como una segunda lengua. Este es actualmente, el Modelo que se opera en nuestro estado de Oaxaca.

Educación de Jóvenes y Adultos: propuestas para la acción representa pues, una invitación al aprendizaje a lo largo de la vida, una mirada que busca la reflexión, pero sobre todo, es un llamado a la acción. ✎

Referencia

Rodríguez Ruíz, R., Díaz González, C. (Comp.) (2013). Educación de Jóvenes y Adultos. Propuestas para la acción, Oaxaca: IEEA.

Una calle que lleve mi nombre Fragmentos de la vida de una universitaria

* Dr. Luis Porter

“Una de las necesidades del ser humano es la de poseer, aunque sea temporalmente, un techo bajo el cual vivir, un sitio que sirva de protección, que sienta suyo, y al que sienta que pertenece. En el competido y tumultuoso mundo en que vivimos no es sencillo encontrar lugares así, que sintamos nuestros. Quizás ésta sea una de las razones por las que al caminar por la universidad, busquemos en sus pasillos y salones aliados en esta búsqueda de protección. Cuando camino por el vestíbulo principal, y llego al amplio atrio frente a la biblioteca, siempre me detengo ante la torre del reloj, porque hay algo en su verticalidad que me resulta familiar, algo que se parece a mi y a mis compañeros, algo que nos hace sentir bienvenidos. Por eso, cuando salgo de la universidad rumbo a la casa donde vivo con mis padres, al traspasar la puerta principal, que me parece majestuosa, algo en mí siente orgullo, un orgullo que me da poder por el solo hecho de ser universitaria.”

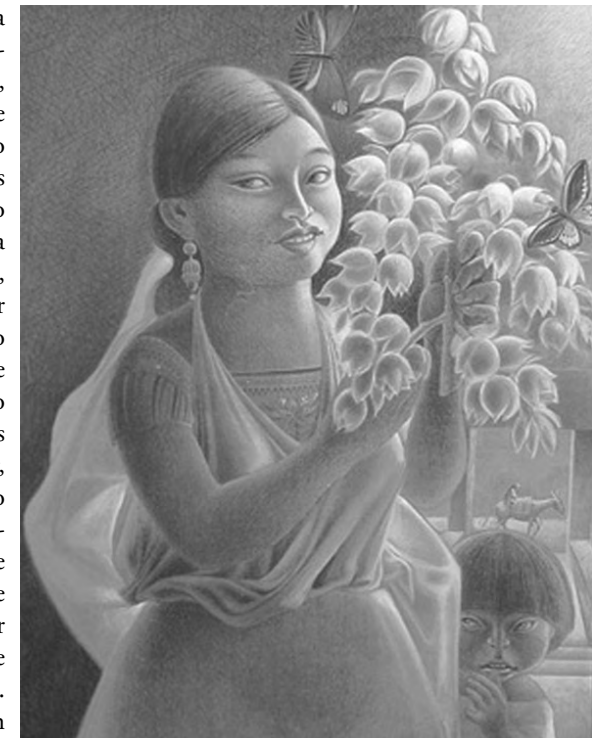
Lo anterior fue dicho por una estudiante universitaria de la maestría en educación. El presente artículo reúne una serie de momentos de sus relatos contados a lo largo de la elaboración de su tesis, de la que fui tutor. Como se trata de testimonios cuyo principal valor reside en su espontaneidad y franqueza, pensé que no estaría de más compartirlos con los lectores interesados en estas cuestiones. La autora los leyó, como quien lee algo ajeno. Yo la observaba y tuve la impresión que no se reconoció en ellos. Eso ocurre porque en nuestro ambiente académico de descalificación y poco respeto, muchos estudiantes (y lamentablemente también muchos colegas), van dejando de creer en lo que valen.

Luis Porter

La calle donde vivo tiene nombre de mujer y eso me ha llevado a pensar, (no sin reconocer el atrevimiento) en lo bonito que se ha de sentir que una calle de la ciudad sea bautizada con tu nombre. Aquí he vivido desde niña, cuando mis padres dejaron el sitio en el que estaba la casa grande, donde yo nací. Ahora soy una adulta que habita en este barrio de interés social que se construyó a fuerzas sobre lo que fueron las fértiles tierras de una hacienda. Es un barrio muy macho, tiene mucho de viril pero también de femenino, gracias al nombre de sus calles que se repiten, necios, en cada esquina. Esta aparente contradicción es típica de nuestra época, en la que las dificultades económicas crecientes han llevado a

que lo viril ya no sea un atributo exclusivamente masculino, sino una energía que estamos aprendiendo a compartir ambos sexos. Por eso yo no me considero una mujer tradicional, no soy una mujer que repita el modelo de mi madre. Desde hace tiempo formo parte de las otras, las que salen a trabajar, a estudiar, las que no tienen miedo de enojarse y decir lo que sienten e inclusive de soñar, soñar, por ejemplo, en una calle que lleve mi nombre. Y así soy yo, alguien que conversa con las casas y con las calles por donde camina. Muy callada, es cierto, y hasta tímida en exceso, pero por dentro, ah... eso sí, por dentro soy bien platicadora.

Cuando bajo la guardia, es decir, cuando dejo de imaginarme cosas, reconozco con pena que me gustaría ser



*Flor de izote

* Académico fundador de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco; es Doctor en Educación por la Universidad de Harvard; especialista en planeación por el Instituto Tecnológico de Massachusetts; arquitecto con maestría en Urbanismo por la UNAM. Actualmente coordina la red internacional de investigadores “Cero-Veinte” donde se estudia la relación entre los primeros seis años de vida y la condición de estudiante universitario. En este proyecto participan universidades públicas de México (UAM, Colima, Sonora y Chiapas) junto con investigadores de UNICAM, (Universidad de Campinas, Brasil) UBA y UNITREF, Universidad de Buenos Aires, Argentina, respectivamente. Es investigador Nacional Nivel 2 del Sistema Nacional de Investigadores, CONACYT y miembro del Consejo Mexicano de Investigación Educativa (COMIE).

una mejor alumna de lo que soy. Hacer honor a esos maestros que escucho con admiración, porque son los que le dan pleno sentido a ser universitario. Por eso cuando no llegan a la clase, y nos dejan allí esperando, me entra un sentimiento de desconsuelo, como de abandono, y algo parecido también me pasa cuando me doy cuenta que no leyeron cabalmente la tarea que tanto trabajo me costó escribir. Trato de no mostrar mi decepción, y mucho menos la inseguridad que me provoca: ¿habré escrito puras tonterías? me pregunto. En esos instantes de desilusión la universidad deja de ser mía, pierdo fuerzas y cuando llego a la casa me sobreviene esa necesidad de refugiarme contra todo lo que me espanta. Cierro la puerta con el sentimiento de que nada malo podría cruzar por ese umbral, me amodorro en el sillón, y dejo que pasen por mi cerebro esas historias que me sirven para escapar de la vida. Pero la vida siempre regresa y me hace entrar en razón y entonces me levanto, vuelvo a revisar el trabajo que no me calificaron como esperaba, y me hago el firme propósito de volverlo a escribir mejor.

Lluvia de oro

La adversidad no me afectó nunca. Siempre pensé que heredé de alguien, de algún antepasado, la fuerza interna que me sostiene. Yo soy de esas mujeres que pueden caminar descalzas por donde sea. Muchas veces camino así, descalza, hasta donde se acaba mi calle, cruzo el camino de tierra, me paso por la cerca de alambre que intenta vanamente de encerrar ese inmenso pedazo de tierra, con sus flores y su riachuelo, que ha perdido su calidad de paisaje para convertirse en tierra presa por los especuladores, y regreso mentalmente a la tierra de mis antepasados, y aunque no sé cantar, ni tengo buena voz, me lanzo a recordar las canciones que cantaba mi abuelo. Traigo puesto mi sombrero de paja, los mismos pantalones que usaba en la prepa, una blusa cualquiera, y ahí me voy entre las piedras de ese río manchado con bolsas de plástico, sabiendo que no importa que me ponga, nada me quita mi ser femenino. Y así me planto firme y hasta con desparpajo en el ser mujer.

La universidad fue un mundo nuevo para mí. Desde un principio me acostumbré a llamarla: "el estudio". - ¡Me voy al estudio!...- le decía a mi mamá, que me miraba sin entender a ciencia cierta de qué estaba hablando. Ella siempre vio a la universidad desde afuera y quien sabe que piense de todo ello, de ese sitio que alguna vez fue una hacienda y hoy no tiene ni color ni mucho menos agua. Quizás la vea como yo la veo, como algo un poco incomprensible que está allí y sin embargo me protege, como ese sitio en donde alguna vez lloré de emoción al saber que había quedado inscrita.

Siempre me ha gustado escuchar como hablan mis maestros. Aunque no los entienda, sus palabras me dan tranquilidad. Estar sentada en el salón me reconforta con el mundo. En ese universo de palabras aprendí a sentirme como en mi casa, aunque mi casa fuera tan diferente y se escuchara

hablar tan poco. En mi casa el lema era y sigue siendo: "calladita eres más bonita", pero yo siempre me he dicho, y se lo he repetido a mis amigas: habla, cuenta, canta, haz muecas, exprésate, di lo que debas decir, jamás te calles. Me gusta la palabra, y por eso en la universidad todo me parece natural. Entrar por ese portón

antiguo, entre las hileras de árboles vestigios del pasado, ver esos muros incomprensiblemente grises, es como alzar un telón que deja al descubierto una escenografía de cartón habitada por seres irreales, si los comparamos con mi mundo hecho de gente común, pero más verdadera. Desde que entré a la universidad me ganó la sorpresa. Escuchaba atenta a mis maestros y después, cuando trataba de recordar lo que había oído, tejía yo solita un rebozo de tonterías donde no había forma de hallar un hilo conductor. Muchas veces llegaba a la conclusión de que no había comprendido "ni jota", como dice una amiga. Ni jota. Todo se me confundía. Eran demasiados conceptos, ideas, teorías y relatos.

Mientras escuchaba muy seria a mis maestros, se me ocurrían preguntas disparatadas que hubiera sido incapaz de formular en voz alta. De hecho jamás hablo en el salón, ni menos levanto la mano. No sé cómo he podido pasar tantos semestres sin decir nada. Pero mi silencio, aunque me sigue dando pena y siempre me prometo superarlo, no me fastidia tanto, al contrario, junto con mi silencio, también crece mi interés y mi amistad conmigo misma. Mi silencio me llena de palabras, por eso será que desbordan de mi cerebro, como si allí dentro también existiera un riachuelo inagotable. A veces, construyo argumentos sobre lo que creí entender de mis maestros, ideas de mi propia invención, que posiblemente no tengan ninguna relación con lo que los maestros me trataron de explicar, pero que me gusta contarme. Otras provienen de mis lecturas. Tuve mucha suerte que una profesora que nos ponía un sólo libro de bibliografía, me hubiera enseñado que todo libro de texto puede resumirse en una o dos cuartillas. Nos decía: "lo que el autor quiere decirles está encerrado en unas cuantas frases, búsqnenlas, encuéntrénlas, apréndanse las". Y desde entonces aprendí a leer rápido, a encontrar esos dos o tres ideas claves que cada libro de texto encierra. Por eso me sonrío de esos profesores que nos dan listas largas de



*Lluvia de oro

bibliografía sabiendo que nadie será capaz de leerlas, y aun así insistiendo en su errónea certeza de que el buen maestro es el que impone más lecturas. Qué tontería. Yo jamás he leído un libro entero, pero reconozco que ese baño de palabras termina empujando algunos veintes que caen por dentro como pequeñas luces, en esa cascada indescifrable de sombras. Quizás eso sea educarse, al menos es la manera en que justifico que alguna vez me vayan a dar un título.

De los personajes maestros y maestras que se han asomado a este escenario que para mí es el estudio, yo elegía a algunos y borraba a otros. Hacía elecciones. Siempre había algún profesor o profesora que conquistaba mis simpatías. No tanto por lo que supiera o enseñara, sino por razones aparentemente absurdas o arbitrarias, como su timbre de voz, sus ritmos, los intervalos que me dejaba para imaginar mis propias historias, y hasta su forma de vestir. Algunos me parecían príncipes o princesas, otros eran feos, nada atractivos y hasta grotescos en sus exagerados ademanes teatrales. Me parecían personajes de cuentos. Con ellos descubrí el maravilloso poder de la ilusión que me permitía transformar a algunos en una especie de objetos admirados, en personas veneradas. De hecho, eran esas pocas voces las que hablaban conmigo mientras caminaba hacia mi casa. Eran ellos los que nunca me dejaron hablando sola.

La Pitaya

El estudio obra esos milagros. El estudio es algo que ocurre y transita desde adentro, aunque por fuera tome la árida forma de un listado, con fechas, días de entrega, engargolados y copias xerox. Pero nada de eso es el estudio, y menos aún la forma en que lo ven los administrativos, como un transporte de firmas de una ventanilla a otra. El estudio es la forma en la que uno responde al imperioso deseo de aprender, de entender el mundo, de tener criterio, de conocer y darnos cuenta de todo aquello que los integrantes de mi familia, gente que jamás pisó una universidad, ignoran. En este agotador tránsito entre trámites y clases, el conocimiento aparecía en esas raras ocasiones en las que un profesor, un libro, un compañero, decía algo revelador, algo que cambiaba en un segundo tan luminoso como abismal, mi manera de ver, de ser, de sentir, de pensar, y eso me llenaba de emoción, una emoción que no cabía en mi pecho, una emoción que me dejaba a punto de estallar.

Siempre supe, porque era evidente y me daba cuenta a mi pesar, que no era una buena alumna, de esas inteligentes que tienen respuestas y palabras para todo. Pero

también me daba cuenta que ninguno de nosotros lo era. Me daba cuenta con tristeza que no admiraba ni envidiaba a ninguno de mis compañeros. No somos estudiantes poseedores de esos recursos. Aunque algunos se esforzaban, siempre eran los mismos, levantando la mano para dejar salir por su bocota un venero de vacíos. Otros, peor aún, simplemente cumplían al pie de la letra todo lo que se les pedía. No faltaban, se sentaban al frente, entregaban a tiempo, eran, en suma, obedientes. Y es verdad que para muchos maestros la obediencia es la mayor muestra de sabiduría. Sin embargo, no creo que en eso consista ser un buen alumno. Creo que es justamente todo lo contrario. Nadie puede ser un buen alumno a partir del sometimiento y luego de la dócil imitación.

Por suerte la energía de los profesores era limitada. Muy pronto se deshacían de nosotros, enviándonos a la biblioteca, al trabajo de campo, o encargándonos tareas que resolvíamos en equipos donde cada cual cumplía, a su manera,

la función de quedar bien con el maestro. Entre todo ese barullo de tareas y de rituales, en ocasiones podía oírse alguna música, una buena explicación, la interpretación de un dato, una revelación, un hecho bien contado, eso sonaba en este ambiente como si de pronto alguien se hubiera puesto a tocar el violín. La buena clase se abría paso como la fuerza refrescante de una melodía. Eran momentos auténticamente universitarios. Entonces, en esas raras ocasiones, no me atrevía ni a levantar los ojos, no sabía si lo que sentía estaba bien o mal y me ruborizaba. Era como si mi semblante entero latiera junto con mi corazón, un corazón súbitamente agitado. Podía sentir como se me bañaba el rostro de sudor,

aunque el clima estuviera seco y frío. En esas mañanas, en esas raras mañanas, así como estaba, después de una clase así, me iba hacia mi casa, cruzaba la avenida, y me enfrentaba a la monótona fachada de las casitas de interés social, como si trajera adentro una llama encendida. Y caminando por esas calles, iba paulatinamente dejando de sentir ese ahogo en la garganta, volvía a tragar saliva, se apagaban mis ganas de llorar, y sentía como mis manos y mis pies, junto a toda yo, se iban entibiando.

En ese mundo universitario en el que he pasado tantos semestres, me fui acostumbrando a reflexionar, a hablar conmigo misma, y más tarde, mucho después, a escribir. No me quedaba de otra. Era inevitable y la parte menos



*La Pitaya

penosa del cumplimiento de las demandas de los maestros. Escribir. Pero nadie nunca me había enseñado a hacerlo. Todos daban por hecho que podían pedirnos escritos porque suponían que alguien, quien sabe quien, nos había enseñado alguna vez a hacerlo. Pero eso no era cierto, ni en mi caso, ni en el de mis compañeros. Entonces, en algún momento, decidí escribir lo que valía la pena preservar. Testimonios, y no instantáneas como las que ahora en la era digital, en la que todos somos fotógrafos o todos escritores, son tan comunes. Pensé en escribir tan sólo luz o música, reproducir ese violín, de ser posible. Y en ese sentido es que quiero contar un encuentro reciente con uno de mis compañeros de la generación. Uno que me ganaba en el silencio y en la timidez. Pequeño, delgado, no parecía un joven, era difícil calcularle la edad. Cursaba en silencio, como la mayoría, el programa y sus materias, pero a los ojos del grupo, él no era un modelo a seguir. En su rostro brillaban pequeños sus ojos cafés, y rara vez se quitaba una gorra que lo enfundaba, como apartándolo de los demás. Era usual que le hicieran bromas. Cuando participaba en grupo, era servicial, con sus ojos bondadosos y su tímida sonrisa. Se ocupaba de las tareas menos atractivas: ir por las copias, traer café, ir por el proyector, conectar los cables... Ante su presencia, el resto de los compañeros asumía, casi automáticamente, un aire burlón. Una especie de desprecio, que al final todos terminábamos compartiendo, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo. Pero él hacía como que no lo notaba y siempre se dirigía a nosotros con profundo respeto. Su actitud nos desarmaba. Algunos compañeros que sin mayor fundamento se creían superiores intelectualmente, hacían explícito su ninguneo, mientras que otros, menos notorios, menos activos, como que se compadecían de él, y evitaban decir cosas que resultarían agresivas. Yo nunca me había detenido a pensar en esto que escribo, hasta ahora.

Preocupada como estaba por obtener buena calificación, muchas veces mi silencio terminaba haciéndome cómplice de esas conductas. Lo veía como un personaje dócil con los que uno puede hacer lo que quiera. Pero le tenía cariño, porque siempre llegaba con algo, la copia de un artículo, unos dulces, o alguna intervención curiosa. Tenía detalles sorprendentes, como recordar nuestros cumpleaños, resolver con ingenio problemas prácticos que se nos cruzaban, y ofrecer siempre su ayuda. Estaba a la mano y ese papel al que nos había acostumbrado, había llegado al punto en que nadie le daba ni las gracias. Algunas veces, caminando hacia mi casa, reconocía que este compañero era muy bueno y sentía un vivo agradecimiento hacia su presencia. Pero cuando lo veía, no le daba la menor prueba de estos sentimientos y no decía nada en su defensa, cuando los demás le hacían algún chiste o gestos de burla.

Hace pocos días, habiendo dado una vuelta por mi camino preferido, el que bordea el terreno con el riachuelo, me lo encontré caminando hacia mí. Al verlo no mostré mayor alegría o sorpresa. Decidí acompañarme y caminamos



juntos un rato hasta que vimos una piedra a la sombra de un gran árbol donde era posible sentarse a descansar. No sabía de qué hablar con él, que era aun más callado que yo. Como el silencio pesaba, le dije alguna tontería de la que no me acuerdo, pero sí recuerdo que no hice el menor esfuerzo por iniciar una charla amena o interesante. El no respondió. El silencio se hizo más pesado. Intenté repetir algo que se agregara a lo dicho, y como no se me ocurriera nada, me lo quedé mirando.

Era un día típico de los tiempos de lluvia, en que las nubes aparecen de pronto y avanzan amenazadoras como si vinieran a propósito desde alguna parte. Al ver su rostro, recuerdo que mi intento de decir cualquier otra cosa se me atoró en la garganta. Estaba sonriendo, con los ojos medio cerrados, como ausente. Su rostro se veía doliente, mostrando una mezcla de tristeza y seriedad difícil de describir. Me quedé observándolo apoyada en mis codos. Las nubes ya estaban encima de nosotros, grises, oscuras, y unas ráfagas de viento pegaban en su rostro, que en la sombra, como que se iba desvaneciendo poco a poco. Ahora si todo era silencio. La cara de mi amigo me producía impresiones nuevas, misteriosas para mí. Todo el lugar se llenó de una extraña luz. Sobre el campo, entre pastizales y flores, el aire comenzaba a pegar más fuerte. Pensé que de seguir tan callados nos ganaría la lluvia o el sueño. Y justo en ese instante, rompiendo el silencio, mi amigo comenzó a cantar una canción. Lo hizo con una voz débil, velada, como venida del interior. Nadie que hubiera estado alejado unos pasos hubiera podido escucharlo.

La manera en que iba diciendo esos versos era de una sinceridad conmovedora. Era como si estuviera pensando en voz alta, como si la canción permitiera leer el fondo de su corazón. Jamás había yo escuchado a ningún maestro

y menos a un compañero, decir las palabras de cada verso de esa manera. No recuerdo ni el poema ni la tonada, pero las decía como en un murmullo, con algo de infantil, con un ritmo grave, interrumpiendo y reanudando su canto sin que le importara el final, ni si las nubes en algún momento romperían en lluvia. Su voz parecía venir de muy lejos, sin que mucho le importara mi presencia, como si yo no hubiera estado allí, como si se estuviera dirigiendo a alguien más, hacia quien sabe dónde. Su serenidad estaba llena de turbación y bajo su aparente calma se adivinaba una angustia venida desde antes, desde lejos. Yo no decía nada, ni mucho menos me atrevía a moverme. La emoción me había paralizado. Cuando él acabó, me acerqué a él y con la garganta oprimida pronuncié su nombre. El no respondió. Otra vez lo llamé por su nombre, apoyando mi mano en la suya. Entonces el me miró con afecto.

- ¿Qué es eso que cantaste? Le pregunté.

- No lo sé - me respondió - es un poema - .

- ¿Es un poema tuyo? -

- No, no, no es mío. Imagínate nomás, si yo voy a escribir algo así. Es una canción antigua.

- ¿Pero de quién?

- No sé, creo que es anónima, no se sabe - respondió.

- ¿Pero de qué época es? pregunté, aunque en realidad no era lo que quería decir, no me importaba ese dato, sino entender mejor quién era en realidad este amigo subestimado, descalificado, a quien nunca le habíamos hecho caso.

- No se sabe... me respondió, es de antes que yo naciera, de que nacieran mi padre y el padre de mi padre, y el padre de mi padre.

Después de un momento de reflexión, le pregunté

- ¿Y te sabes otras?

- Si - me contestó.

- ¿Y me las puedes cantar?

- ¿Para qué? - me respondió - si con una basta. Se recuerda una poesía o una canción, cuando uno siente la necesidad de decirla o de cantarla. No hay que hacerlo para distraerse o como diversión. -

- Pero a lo mejor tu eres un poeta, un compositor que podría escribir canciones nuevas, si ya te sabes tantas -

- ¿Y para qué hacer nuevas si ya hay tantas?

- Bueno, porque las que hay alguien las hizo alguna vez. Y sería bueno seguir haciéndolas.

- ¿Pero, para qué hacer nuevas? - repitió - si ya las hay para todo, para cuando uno está triste, para cuando uno está cansado, para cuando uno extraña la casa que dejó lejos, para cuando lo desprecian a uno porque uno es imperfecto y no hace las cosas bien; y también para cuando la gente es buena con uno, o para cuando el cielo amenaza, como ahora, o para cuando sale el sol y uno está alegre y optimista. Las hay para todo... ¿para qué hacer más?

- Para ser famoso - me atreví a decirle - para que te conozcan... para que te graben un cedé -

Mi amigo sonrió con una actitud de quien comprende pero está más allá de esas pretensiones.

- ¿Por qué te sonríes de esa manera?

- Es que yo no soy nadie, no soy alguien que quiera ser famoso - y tomándome de la mano me dijo: - ¿Y tú? ¿Tú quieres ser una gran mujer?

- Si - le respondí, con ese orgullo que a veces me sale de no sé dónde. Hasta quisiera que alguna calle de la ciudad llegara a tener mi nombre - Se lo dije con una seguridad que lindaba en el coraje. Con ese atrevimiento que siempre quise tener, y que creía que a él le faltaba. Se lo dije pensando que podía llevarlo a admirarme, sabiéndome siempre tan tímida y callada.

- ¿Y para qué? - me dijo, sin cambiar el tono tranquilo y cariñoso de su voz.

Entonces yo ya no supe que decir. Y después de titubear, de buscar algo para salir del atolladero, le dije: - Para ser una mujer destacada, una poeta, una compositora famosa -

De pronto, la conversación me había llevado a verme como nunca antes me había visto. Ser una poeta... ¿qué diría mi mamá si me oyera? ¿Cómo le explicaría a mis amigas, o a alguno de mis maestros admirados, que de pronto yo quería ser una poeta?

Sin embargo, aun con estas dudas surgiendo de mi mente, volví a decir: - Si, quiero escribir relatos, cuentos, poesías nuevas, poesías que pertenezcan al día de hoy, y que en el futuro, otros recuerden y repitan, como tú repites las que te aprendiste.-

- Pero, me dijo él, pero eso, ser poeta, no es algo que se quiere.